Vuelve a enamorarte

Sheina Lee

Agosto, 2023

“Todas las familias felices se parecen entre sí; pero cada familia desgraciada tiene un motivo especial para sentirse así”

León Tolstói, libro Ana Karenina

Prólogo

El bufete jurídico de la los Sullivan era muy conocido en el Upar East Side, uno de los barrios más prestigiosos de Nueva York; sitio donde viven los neoyorquinos más adinerados del lugar.

El motivo fundamental de su éxito, era—según lo que decía la mayoría de sus clientes— que el mencionado grupo estaba integrado casi en su totalidad por miembros de la afamada familia: Abuelos, padres, hijos, tíos ,lo que evitaba divisiones y conflictos inútiles. Todos tiraban para el mismo lado.

Era impensable que un Sullivan no siguiera ese camino, carrera inculcada en la famosa “casta” prácticamente desde que nacían.

Así fue hasta que llegó Ken Sullivan en una tormentosa jornada invernal, y tal como la tempestad que azotaba ese escandaloso día; el pequeño niño conmocionó a todo el mundo con su llegada. Sencillamente, porque era diferente y no tardó en demostrarlo.

Con un cabello pelirrojo que despertó la curiosidad de sus padre Robert, que hasta llegó a molestar a su esposa Caroline por esa característica; única en la familia, al igual que los profundos ojos azules que parecían desafiar al mundo. Rápidamente ,el pequeño niño se las ingenió para conquistar el corazón de parientes y amigos; especialmente el de su hermano Mikael, seis años mayor que él.

­—Mi bisabuelo era pelirrojo, no olviden que soy descendiente de escoceses—sonrió Caroline, acariciando las hebras rojizas en la cabeza del recién nacido.

—Lo sé, cariño. Solo bromeaba—sonrió Robert tomando al niño entre sus brazos. Es que llamó mi atención, la mayoría de los Sullivan somos de cabello negro y ojos oscuros.

—Pues no pasa lo mismo con los Jason, en mi familia paterna , hay varios ejemplares de este tipo—acotó la mujer sonriendo al pequeño que gritaba como si quisiera romper los vidrios de la maternidad.

—¿Quieres tomar a tu hermano?—preguntó Robert a su otro hijo que miraba al niño con desconfianza.

—No lo sé, es un niño muy extraño.

—Debes acostumbrarte , querido. Pasarán mucho tiempo juntos—insistió la mujer.

—Anímate, hijo—reiteró Robert.

—De acuerdo—rezongó Mikael alzando al bebé entre sus brazos , quien de inmediato cesó de llorar.

—Lograste calmarlo—exclamó Caroline asombrada.

—Así es—tartamudeó el chico. Parece que me quiere.

—Sin duda sabe que eres su hermano —admitió Robert aprovechando el momento.

—Es cierto, lo reconoció de inmediato—afirmó Caroline sonriendo ante la cálida escena.

Mikael asintió con simpatía, y tras una rápida mirada a sus progenitores, volvió a posar sus ojos en el pequeño.

—Te cuidaré día y noche , jamás nos separaremos—sonrió Mikael besando la cabeza de su hermano. Y siempre te apoyaré—prometió.

Y tal como había prometido Mikael, a partir de ese momento, los niños fueron carne y uña, situación que fue fundamental cuando diez años después,Caroline falleció luego de ser embestida por un chofer alcohólico en una de las principales arterias de la Séptima Avenida.

—Marie, llame a los niños —ordenó Robert a su empleada de confianza un mes después del entierro de su amada esposa. Debo hablar con ellos.

—Enseguida —afirmó la mujer.

Minutos después, los dos hermanos se presentaron silenciosamente delante de su padre.

—Aquí estamos , papá —susurró Mikael con respeto.

—Queridos chicos, tomen asiento—musitó indicando el fino sillón del living. Debemos conversar.

—¿Sobre qué?—preguntó Ken mientras sus padre observaba las lastimadas rodillas del chico.

—Como saben, ahora somos los tres —afirmó el hombre sin preámbulos. Y debemos estar más unidos que nunca.

—Así es ,padre—se apresuró a responder Mikael que era el más obediente de los dos chicos.

—Tienes una importante función que cumplir , hijo— comentó el hombre refiriéndose a su hijo mayor.Tu hermano te necesita.

—Lo sé , y siempre estaré para él. Como prometí cuando nació y tal como lo he hecho hasta ahora —aseguró el chico.

—Y yo para ustedes —asintió Robert. Y espero que ambos sigan la tradición familiar y puedan integrar nuestro equipo de profesionales cuando terminen sus estudios. Y por supuesto , se ennovien y casen con chicas de su nivel. Nuestro nombre debe perdurar en el tiempo.

—Es lo que más deseo—asintió Mikael pensando que muy pronto comenzaría su carrera de escribano.

—Sin duda serás el mejor de la clase , como hemos sido todos los Sullivan—sonrió Robert satisfecho. Contrataré a varias asistentas para que cuiden a nuestro pequeño mientras tú estudias—recordó el hombre. Y luego tu hermano seguirá tus pasos.

—No preciso niñeras—comentó Ken por primera vez. Ya tengo diez años. Además, no estudiaré nada que tenga que ver con el Derecho. Quiero ser artista, especialmente , pintor retratista. Y no me gustan las chicas.

—Eres un niño aún , querido, alcanza con mirar tus rodillas. Ya cambiarás de opinión—señaló Robert las piernas del chico sin dar importancia a la opinión de este.

—No creo , y las heridas son porque que me caí de la bicicleta—lo desafío el pequeño.

—Comprendo—asintió Robert. Tocaremos el tema cuando corresponda, ahora retírense. Debo pensar.

—Hasta mañana, padre—comentó Mikael besando al hirsuto hombre al mismo tiempo que indicaba a su hermano que hiciera lo mismo.

—Papá está loco si piensa que estudiaré leyes. Amo la pintura, y la maestra de arte cree que tengo un don innato para esta. Ni sueñen que iré a Facultad—reiteró Ken a su hermano cuando quedaron solos.

—No te preocupes, falta mucho para eso. Aguardemos que llegue el momento y conversaremos—asintió Mikael pasando un brazo por los hombros de su hermano. *“Efectivamente, creo que nuestro pequeño niño dará mucho trabajo*”—sonrió el adolescente echando una fugaz mirada a su hermano que había comenzado a tararear una desconocida canción. ¿Qué cantas?—preguntó Mikael con extrañeza.

—En verdad no lo sé, mi amigo Joseph dice que es un himno a los artistas.

—Nunca lo había escuchado —reflexionó Mikael.

—Él lo inventó—afirmó el chico orgullosamente.

—Oh, será mejor que no hables del tema con papá—agregó su hermano rodando los ojos.

—¿Por?

—No entiende de arte y podría enojarse contigo.

—De acuerdo, solo lo cantaré para ti—aceptó Ken sin discutir.

—Está bien —concordó Mikael pensando que nos sería nada fácil convencer al chico para que continuara con la tradición familiar.